

cosmovisión de sus gentes y del alma de sus cosas han sido proyectadas o trasmutadas, por la gracia poética, al plano mítico. Etcétera.

Finalmente, y casi como un anexo, me parece importante trazar o esbozar una especie de mapa de nombres y momentos generacionales que sirva de guía al estudioso o al lector de nuestra literatura nicaragüense.

No sé por qué ley cíclica el brote de grupos o de valores renovadores se ha producido entre nosotros cada década, más o menos.

En la década de la muerte de Darío —de los años diez a los años veinte— surgen tres altos valores, que, viniendo del Modernismo, rompen su cauce para darnos tres cosmovisiones poéticas de marcada originalidad: Azarías H. Pallais, (1884-1954), Alfonso Cortés (1893-1989), cuya demencia no le impidió ser nuestro mayor y mejor poeta metafísico, y Salomón de la Selva (1893-1959). Este último, pionero bilingüe de la literatura nueva nicaragüense, primero en lengua inglesa con *Tropical Town* (1918) y luego en lengua española con *El Soldado Desconocido* (1922), regresa luego, olímpicamente, a contracorriente, a un neoclasicismo de su propio cuño, cuya significación profética, en estas tierras de Landívar, no ha sido todavía suficientemente estudiado.

En la década siguiente —entre 1927 y 1931— se produce el movimiento de vanguardia cuyo compromiso fundamental fue la creación de una literatura nacional. Fue la reacción poética —paralela a la gesta de Sandino— contra una humillante intervención extranjera. Época-puente con materiales de Apocalipsis y de Génesis: de acusación crítica de lo que cae o va a caer y de anuncio revolucionario de lo que está naciendo. El movimiento, muy rico en experiencias literarias de todo orden, es el punto de partida de la obra o de las obras de Luis Alberto Cabrales, José Coronel Urtecho, Joaquín Pasos, José Román, Pablo Antonio Cuadra, Alberto Ordóñez Argüello, Francisco Pérez-Estrada y otros.

En la década del 40 la sola obra de Carlos Martínez Rivas es todo un movimiento aunque de «Insurrección solitaria». Quiero decir que su aporte (de extraordinaria calidad y poder expresivo) es otra revolución. Pero junto a él brota otra maestría: la obra sutilmente subversiva en lengua y formas de Ernesto Mejía Sánchez. Y luego, para culminar el aporte generacional, surge también Ernesto Cardenal, cuya obra es conocida en toda América y ha sido traducida a numerosas lenguas.

En la década del 50, además de la aparición de un nuevo grupo de poetas de muy diversa índole, como Fernando Silva, Ernesto Gutiérrez, Octavio Robledo y Armando Incer, irrumpe un grupo de narradores que le da fuerza nueva a un género que venía siendo cultivado muy a la zaga de la poesía por las generaciones anteriores. El grupo lo componen Mario Cajina Vega —también poeta—, Juan Aburto y Lisandro Chávez Alfaro.

La década del 60, convulsa y revolucionaria, se distingue por la proliferación de grupos poéticos que reflejan tanto la angustiada situación interna de Nicaragua, como las corrientes del mundo. Es la época de los *beatnik* y de las rebeliones juveniles. De todos los grupos —una vez disueltos— queda como saldo la obra personal de por lo menos media docena de poetas de gran calidad: Fanor Téllez, Julio Cabrales, Beltrán Morales, Carlos Perezalonso, Francisco Valle, Horacio Peña; un novelista: Sergio Ramírez, y el caso notable del polígrafo Jorge Eduardo Arellano, que realiza una especie de suma informativa y crítica de todas las letras y artes nicaragüenses.

Y el relevo sigue. De la siguiente década, sólo recojo dos importantes revelaciones. La de un prometedor poeta que muere combatiendo a los veinte años: Leonel Rugama. Y la floración de un grupo de mujeres poetas: Ana Ilce, Mariana Sansón Argüello, Ligia Guillén, Gioconda Belli, Rosario Murillo, Daysi Zamora, Yolanda Blanco. Irrupción sorprendente en número y valores que abrió perspectivas inéditas al aporte femenino en el desarrollo de nuestras letras.

Para terminar el esbozo de mapa, registramos el fenómeno de creación poética que se dio durante el proceso revolucionario entre los años que van del terremoto que destruyó Managua (1972) a la caída de Somoza y el triunfo de la revolución (1979). En esa agitada etapa la producción literaria fue torrencial en todas las generaciones, y son numerosos los volúmenes antológicos que la han reunido. La revolución nicaragüense se hizo con sudor, sangre y poesía.

Aplicándole un juicio valorativo exigente, gran parte de esa producción tal vez no alcance niveles muy altos, pero como fenómeno testimonial del espíritu rebelde y al mismo tiempo poético de un pueblo, tiene un valor inapreciable en nuestra historia literaria y aún política. Sin la poesía y el canto nuestra gesta contra la tiranía no hubiera encendido, en la forma heroica que lo hizo, la mística y el fervor popular. La poesía hizo posible que la lucha armada superara su carácter de guerra civil con un sentido de redención y libertad de altura humanista.

Sin embargo, logrado el triunfo contra la dictadura, el nuevo régimen rompió sus compromisos con los diversos sectores que forjaron la revolución y trató de imponer la ideología marxista-leninista con métodos otra vez dictatoriales, copiando el proceso cubano en su política cultural. Este desvío de la revolución desgarró de inmediato la entusiasta unidad inicial de poetas y artistas; poco a poco comenzaron a partir al exilio los mejores poetas jóvenes, mientras la obra literaria de los afectos al régimen descendía en calidad, obligada a pagar tributo a la propaganda. Se cumplía una vez más la verdad de una repetida advertencia de la historia: que la poesía produce revoluciones, pero las revoluciones no siempre producen poesía.

Sin embargo, la suma final poética puede no beneficiar a la revolución por haber caído en el pecado de hostilizar la libertad creadora, pero tanto los escritores marginados en el interior como los que se fueron al exilio siguieron produciendo, con gran riqueza y poder de asimilación, excelente poesía, como también inquietas exploraciones en los territorios inéditos de la aventura creadora. Sin incluir la obra de los viejos, como la de este servidor, o la de Carlos Martínez Rivas, o la de Ernesto Cardenal cuando no ejercita la didáctica o nuestra paciencia, basta citar la *Antología del inmigrante* de Horario Peña, *Cegua de la Noche* de Carlos Perezalonso, *Exedra* de Erwin Silva, *Aposentos* de Yolanda Blanco, y la obra última, todavía no reunida en libro, de Mario Cajina-Vega, Fanor Téllez, Pedro Xavier Solís, etcétera, para poblar de valores muy diversos y originales el último mapa de la literatura nicaragüense.

Pablo Antonio Cuadra



.....

Vuelta

REVISTA MENSUAL

Director: **Octavio Paz**

Subdirector: **Enrique Krauze**

Textos sobre:

Historia, Literatura, Poesía, Política, Crítica, etc.

Colaboraciones de:

Paz, Zaid, Sarduy, Brading, Kundera,
Vargas Llosa, Gimferrer, Campos, García
Ponce, Krauze, Meyer, Weinberger, Merquior,
Castoriadis, Rossi, Bayón, Kolakowski,
Deniz, Lizalde, González Esteva, Sucre,
Doerr, de la Colina, Jabès, Morábito, Amijái,
Bell, Eielson, Elizondo, Mutis, Milosz.

SUSCRÍBASE

SUSCRIPCIÓN POR UN AÑO: 70 dls.

Distribuidor exclusivo en España:

ANTHROPOS, Editorial del Hombre

Central: Apartado 387, 08190 Sant Cugat del Valles, Barcelona

Tel (93) 674-6006 Fax: (93) 674-1733

Delegación: Calle del norte 23, Bajos, 28015, Madrid

Tel (91) 522-5348 Fax: (91) 521-2323

Editorial Vuelta: Presidente Carranza 210, Coyoacán, 04000, México, D.F.

Teléfonos: 554 89 80 554 56 86 554 95 62 Fax: 658 0074

.....